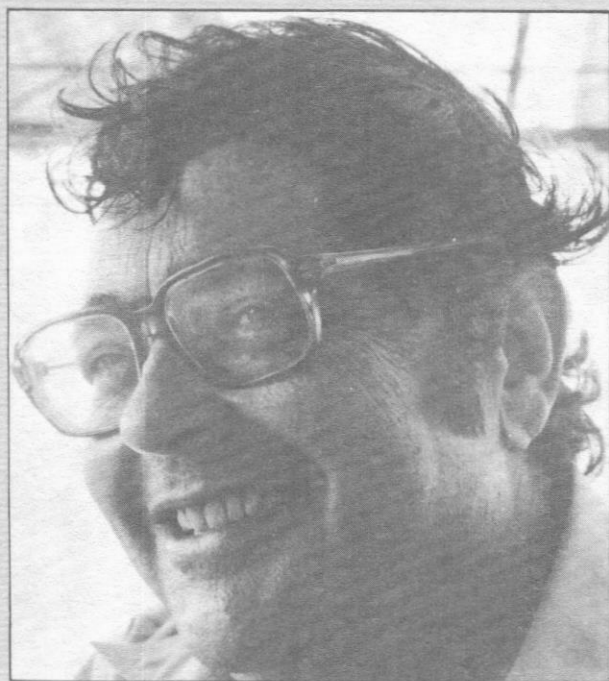


# HOMENAJE A MANUEL COFIÑO



# Manuel Cofiño: semblanza, residencia

JOSE PRATS SARIOL

---

La tarde soleada del miércoles 8 de abril la sentíamos en los pañuelos húmedos, rumbo a la parada de 12 y 23. José Antonio Fidalgo iba contando de correrías y preocupaciones comunes, de los primeros versos que Manuel Cofiño le diera a leer entre bromas e incertidumbres, hace más de treinta años; de la infancia del escritor que acabábamos de acompañar al cementerio de Colón, a las palabras de Lisandro Otero ante sus restos. . .

El lugar común que convoca recuerdos cuando la presencia de la muerte irrumpe, más cuando la aparición es súbita, más cuando es un hombre que recién había cumplido cincuenta y un años (La Habana, 16 de febrero y 1936), asolaba al grupo: unos carnavales en nuestro barrio de Santos Suárez, en la calle Santa Catalina, una noche en que Manolo, el médico Lorenzo Mallea y yo bebimos y vacilamos y arreglamos el mundo, sirvió para caracterizar la franca espontaneidad y la sencillez comunicativa del popular novelista de *Cuando la sangre se parece al fuego*. Un seminario literario sobre otra de sus obras, *La última mujer y el próximo combate*, en la Escuela de Cuadros del Ministerio de Cultura, con su presencia en la sesión final, me sirvió para el comentario acerca de su absoluta carencia de encumbramientos y puerilidades, cuando respondió una a una las preguntas de los alumnos y hasta aceptó críticas, no muy bien formuladas, sobre algún personaje o cierta zona estilística. . .

Las frases de costumbre, entre lamentaciones, escalofríos y premoniciones, dispersaron al grupo. En la guagua repleta, rumbo a casa, recordé que apenas cuarenta y ocho horas antes habíamos conver-

---

\* Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica de la Universidad de La Habana, ensayista, crítico literario, narrador, profesor universitario.

sado acerca de los seductores proyectos de divulgación de la literatura cubana en América Latina, los que precisamente se disponía a favorecer con su trabajo y relaciones. . . Y entonces otro ángulo saltó limpio, su fraternidad libre de pruritos banales, la entrega sin reticencia a una labor por el gremio de escritores cubanos; por una más justa valoración del trabajo de escribir, de sus peculiaridades y perspectivas dentro de nuestra sociedad, dentro del *tiempo de cambio* —como él mismo gustaba en titular su obra toda.

La semblanza —el lugar donde reside en la memoria— anota rápidamente su trabajo como profesor de español y economía política, e investigador y redactor de textos del antiguo Ministerio de Industrias; la jefatura de la cátedra de Ciencias Sociales y la vicedirección docente del Instituto Preuniversitario de La Habana en los años iniciales de la década del sesenta; el trabajo en el Ministerio de Justicia y posteriormente en el de Cultura y las diversas responsabilidades que en ambos tuvo, en tensa lucha contra el tiempo de escribir; los múltiples viajes y eventos representando al país en varios continentes; las responsabilidades, no siempre halagüeñas, como vicepresidente de la Sección de Literatura de la UNEAC hasta su muerte. . .

Y llega a la residencia de su obra, a un libro de poemas con el que su nombre comienza a cobrar forma en los medios literarios cubanos, allá por 1962, titulado *Borrasca*, y que quizás perfilara su vocación narrativa, la que se inicia en forma de libro de cuentos en 1969 con *Tiempo de cambio*, premio 26 de julio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Sobre esta colección, sobre lo que sintetiza el sugestivo título, ha dicho su coetáneo Imeldo Alvarez, en “Sustantividad y carácter en la obra de Manuel Cofiño”: “El criterio de que el hombre se transforma, avanza y condiciona la naturaleza a sus intereses, resume elementos de temática y contenido muy presentes en la narrativa que precede a Cofiño, pero ninguno como él, en nuestro país, ha logrado llevar a su obra, con tanta fuerza expresiva, ese plano artístico”. Las presencias en su obra de evidentes afinidades con autores cubanos como Onelio Jorge Cardoso, sobre el que dejó inédito un ensayo próximo a publicarse y de quien fuera íntimo amigo; como Félix Pita Rodríguez, Enrique Serpa y Alejo Carpentier; con narradores como el peruano Alfredo Bryce Echenique, o soviéticos como Sholójov y Aitmátov, muestran diáfaramente sus líneas temáticas y expresivas, su poética autoral.

Tras el libro de cuentos, apenas dos años después, escribe su primera novela: *La última mujer y el próximo combate* (premio Casa de las Américas, 1971). Sería ella, fundamentalmente, la que le otorgaría una enorme popularidad, verificable en las sucesivas ediciones y traducciones, en las copiosas críticas que ha recibido. El profesor Ricardo Repilado, por ejemplo, al valorar a Bruno, personaje clave, doce años después de su aparición, señala: "La sabia estrategia narrativa desplegada". Otro crítico cubano, Ernesto García Alzola, quien precisamente tuvo a su cargo la recopilación de una suerte de valoración múltiple de la obra de Cofiño, de próxima aparición, en su ensayo "Cofiño: cronista de los cambios", reflexiona: "La integración de realidad y fantasía, sobre todo cuando la realidad está tan próxima que obliga con la fuerza de un testimonio, requiere una afinada sensibilidad estética". Y agrega el profesor, más adelante: "La última parte, en que se enfrentan, con artera embestida, los dos mundos —la Revolución y sus enemigos— es por su *tempo*, la maestría narrativa y el desenlace, lo mejor de la novela como obra de arte y uno de los momentos más altos —afirma García Alzola— de la narrativa cubana de estos veinte años".

Tras un libro de cuentos para niños de 1972, titulado *Las viejitas de las sombrillas* (premio La Edad de Oro), aparecerá por Ediciones UNION, tres años después, la segunda novela: *Cuando la sangre se parece al fuego*. Si el hispanista inglés Peter Turton pudo decir de la novela anterior que fue "necesaria", que fue "imprescindible" en el orbe narrativo cubano, de esta podrá afirmar —objeciones aparte— el logro de "una popularidad impar", semejante a la alcanzada por su predecesora. Isaías Peña Gutiérrez, otro gran estudioso de sus textos, en el ensayo "Primera aproximación a la obra narrativa de Manuel Cofiño", dice sobre los principales ejes que estructuran sus obras: "Un realismo ambicioso que comprende las contradicciones sociales propias de los tiempos de cambio, sin excluir los procesos internos e individuales de los sujetos personales de aquellos cambios; una obsesión permanente por lo que implica el transcurso de tiempo, el recuerdo, el olvido, el pasado, la muerte y la memoria de los hombres; una extraordinaria e ilímite capacidad de reflexión sobre las reflexiones del hombre y la mujer, en las cuales la mujer es la base fundamental de cualquier desarrollo literario; y la asimilación perfecta de las modernas técnicas literarias y de construcción de un lenguaje contemporáneo". Dentro de esa caracterización, particulariza sobre *Cuando la sangre se parece al fuego*, y afirma que toda ella lo atrapa su párrafo final:



“Tú, otro y no el que eres, en el quinto peldaño de esa escalera. Tú, otro y no el que eres en cada peldaño de esa escalera que derumbarán de un momento a otro junto con todo lo que entristeció tu vida”.

Más cercanos en el tiempo, aparecen, sucesivamente, la noveleta *Para leer mañana*, los cuentos agrupados en *Y un día el sol es juez*, y en *Pedazo de mar y una ventana*; la compilación de sus cuentos: *Andando por ahí por esas calles*; y la tercera novela: *Amor a sombra y sol*. En prensa —acababa de revisar las galeras— quedaron los cuentos de *El anzuelo dorado*, algunos inéditos, bajo el sello editorial de Letras Cubanas.

Entre la semblanza y la residencia, en aquella residencia en la tierra de que nos hablara Pablo Neruda en su extraordinario poemario, antes de verlo en sus últimos sueños y trabajos, vale reproducir un juicio de Julio Rodríguez-Puertolas, de su ensayo “Manuel Cofiño o la superación de lo real maravilloso”. El profesor de la universidad de California dice: “Ni realismo lineal, por lo tanto superado y en buena medida deformador, ni realismo socialista al viejo estilo, también periclitado”. Contra superficiales membretes y anticuadas ubicaciones, Rodríguez-Puertolas inserta la obra de Cofiño “en esta línea abierta y renovadora”, bien acorde con los complejos procesos de cambios y rectificaciones políticas y sociales en países socialistas como la Unión Soviética y Cuba.

Sabemos —él mismo nos lo había contado una y otra vez, hasta apenas 48 horas antes del infarto—, y así lo ha ratificado su compañera, la escritora colombiana Luz Elena Zabala, que Manolo llevaba varios años trabajando en otra novela, en un enorme y ambicioso proyecto a la manera de un fresco o mural. Luz Elena y él escribían juntos, en una curiosa interrelación, sin precedentes conocidos, donde la labor de equipo sólo dividía inicialmente el trabajo de cada personaje. Sabemos que se titularía —se titulará, pues Luz Elena piensa concluir la el próximo año— *Pastora de sueños*, en homenaje a una maestra de primaria enloquecida, que en la plazuela de San Ignacio en Medellín le hablaba, toda pintarrajeada, conversaba, con un espejito y llamaba Dorisel a su propia imagen increpante. Sabemos que sería una simbiosis de temas y lenguajes en busca y encuentro de lo latinoamericano, sin ceñimientos a escuelas o tendencias, a la etnografía o al folclor, en una polifonía de personajes y argumentos que van desde el indio hasta la mafia, desde la guerrilla hasta el narcotráfico, desde la estructura policia-

ca a la testimonial. Sabemos que hay más de 300 cuartillas escritas y el boceto total, pensado y repensado en común durante años. Cabe pues adelantar a los lectores y estudiosos de su obra, este plan que sabemos culminará felizmente como el mejor homenaje de la compañera en los últimos años de su vida, a la memoria y al amor que los unió por encima de avatares diversos; también allí donde la hermandad entre Colombia y Cuba fragua la certeza de una América Latina cada día más unida y poderosa —como siempre quiso Cofiño desde su compromiso revolucionario, desde su participación como escritor, es decir, con el trabajo que define al hombre, en la nueva vida cubana, en los sueños y esperanzas bien reales y concretos donde se agrupa lo mejor de la intelectualidad mundial.

La semblanza, la residencia, quisiera retomar ahora el tono anecdótico inicial. En la funeraria Rivero, minutos antes de partir, Cintio Vitier contemplaba a mi lado cómo estaba presente la casi totalidad de los escritores cubanos, junto a artistas y amigos, al lado afectuoso y solidario de los familiares. Entonces Cintio, extrañándose un poco, interiorizando otro poco, y refiriéndose a nuestro gremio, me dijo que era nuestra familia mayor. Asentí, y agregué que con sus virtudes y defectos, como todas las familias; con sus grandezas y pequeñeces, como todas; pero unida en lo esencial, en el oficio y en la vida.

Así también, la primera o la última semblanza de Manuel Cofiño quisiera sentirlo en nuestra familia cubana, bien local y por ello bien universal. Volver a verlo con el pelo rebelde y la guayabera azul, con la mirada pícara o inquisitiva o nerviosa o preocupada, emotivo y sonriente, por ahí, por esas calles de la patria que amó en su decisivo tiempo de cambio, a sombra y sol, hasta el próximo combate.